

Patricia Esteban Erlés  
**Las madres negras**



Galaxia Gutenberg

PATRICIA ESTEBAN ERLÉS

# Las madres negras

IV Premio Dos Passos a la Primera Novela

Galaxia Gutenberg



También disponible en eBook

Un jurado compuesto por Pilar Adón, Marcos Giralt Torrente, Manuel Longares, Fernando Marías, Inés Martín Rodrigo, Clara Sánchez y Santos Sanz Villanueva concedió por unanimidad a esta obra el IV Premio Dos Passos a la Primera Novela, que convocan Ámbito Cultural de El Corte Inglés, la agencia literaria Dos Passos y Galaxia Gutenberg.

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero 2018

© Patricia Esteban Erlés, 2018  
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B. 112-2018  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-17088-82-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El infierno nunca tuvo mejor aspecto.

RAY BRADBURY

*La feria de las tinieblas*

Dios es el diablo cuando está enamorado.  
(Variación de una canción de Tom Waits)

*A Shirley Jackson, señora de todas las casas encantadas*  
*A Mireya y Zana, primeras lectoras*

## Mida

Saldrá por la mañana. En cuanto se callen los lobos que aullan fuera, allá arriba, como si se contaran los unos a los otros lo solos que están.

«Yo más.»

«Yo más.»

En unas horas, se consuela Mida, con la luz de la madrugada, el agujero volverá a ser el agujero que la trajo aquí abajo. La oscuridad no le dejaría encontrar ahora el hueco redondo en medio del bosque de abedules por el que se dejó caer hace un rato que ya no sabría medir. Hace frío, pero ha pasado frío otras veces, eso se dice también, como si la niña muerta de frío fuera ella y su hermana mayor al mismo tiempo, intentando consolarla.

Pronto será de día y los lobos se callarán. Dejarán de lamentar su insoportable tristeza de animales malditos. Mida recuerda que el día de su llegada al convento vio desde el carromato, tan rápido y lento como en una pesadilla, decenas de cabezas de lobo adornando las cercas de las granjas vecinas. Cabezas atravesadas en estacas como advirtiendo a sus hermanos vivos que era mejor no acercarse. Lobos mustios, de ojos amarillos, tristes como todos los muertos. Con el pelo quieto, seco y duro de todos los muertos. Alguien le dijo que los hombres de los alrededores los cazan para convertirlos en un adorno, en espantalobos. En lobos que asustan a los lobos.

«Yo más.»

«Yo más», se contestan, los últimos lobos aún vivos allá arriba, fuera de su escondrijo de animal nocturno.

Mida se dice que quizá no deba hacerle mucho caso a la niña borrosa (¿cómo se llamaba, Humildad?) que le contó lo de los lobos, porque en el convento casi todo el mundo se inventa las cosas para encontrarles una explicación, del mismo modo en que casi todo el mundo que cruza el umbral o se muere acaba desapareciendo y volviéndose una sombra en el recuerdo. Acurrucada en el suelo mira hacia arriba, sin mucha esperanza. El negro de la noche siempre es capaz de hacerse más negro. Sacude la cabeza. El frío no es verdad. El miedo no es verdad. Debe dejar pasar el tiempo, se repite, esperar a que el ojo del pozo en el que se ha dejado caer durante la huida acabe abriéndose. Y entonces podrá salir de allí. Tiene que pasar el tiempo, insiste, alzando algo la voz para convencerse de que en alguna parte existe un lugar al que merece la pena dirigirse. Ya nunca más la casa, con sus paredes y celdas, con el muro rodeándola y el dormitorio de ventanas tapiadas. Solo un poco más, aguarda.

No es la primera vez que espera a que se haga de día, descalza y con el camisón blanco de las Invisibles. Mida conoce bien el sótano de Santa Vela, el hueco de las castigadas al que iba a parar con frecuencia desde el principio, cuando empezó a decirle a todo el mundo lo que Dios acababa de confesarle sin saber que era tan grave, más asustada que desafiante, esperando que alguien la contradijera. Pero las madres se miraban entre ellas y corrían a apartarla del resto. La hermana Priscia ordenó que la bajaran al sótano cuando se puso a gritar en medio de la capilla que Dios no existía, rabiosa porque nadie la escuchaba. Mandó a sus carceleras que la dejaran allí hasta que hubiera reflexionado. Dos de las madres negras la agarraron de los brazos, la inmovilizaron contra la pared y la golpearon como para arrancarle cada una de las palabras que dijo. Tiraron de ella, la empujaron adentro. Niña del diablo, dijeron a dúo las esbirras de

Priscia. Te quedarás aquí hasta que te arrepientas y pidas perdón. Y luego dejaron caer la trampa.

Ya no le tiene miedo a la oscuridad. No tardó en descubrir que la oscuridad es un lago negro en el que podía esconderse de ellas. La oscuridad era alguien que la rodeaba en silencio y le permitía hablar. Mida volvía a llamarse Mida en el sótano y sentía que la falta de luz le devolvía la cordura, le hacía sentir menos magullada. Mida le hablaba a la oscuridad, le confesaba la verdad que nadie deseaba conocer. «Dios me confesó al oído que él no existía y yo solo se lo conté a las demás.» La oscuridad le pasaba una mano por la frente raspada, trazaba con sus dedos la curva de la mejilla magullada. La primera vez estuvo casi una semana allá adentro, con los ojos medio cerrados por los golpes, imaginando la vida del orfanato a partir de los pasos que resonaban sobre su cabeza, de los rezos fantasmales que se colaban a través de las rendijas de madera. Era fácil creer que lo terrible ocurría allá arriba, que en realidad a ella ya no la llamaba nadie Obediencia. Volvía a estar a salvo, más a salvo que cualquiera de las otras en Santa Vela. Dejaron de dolerle las heridas. Aquella semana Mida no podía ver nada pero lo sabía todo. Supo que había llegado una nueva huérfana de pelo largo, reconoció el paso vacilante de un par de botas gastadas, entre las suelas leves de las zapatillas de las novicias, blandas como pezuñas de gato, que la conducían, como a ella, meses atrás, ante la hermana Priscia, la única de todo el convento que calzaba unas terribles, enormes sandalias oscuras de hombre. Oyó cómo atravesaban la planta baja, camino de la sala donde a la recién llegada le entregarían el vestido gris plomo de hospiciana que le costaría el nombre y su pelo. «Te cambiarán tus trenzas y el nombre, la única palabra que es tuya, por ese trapo gris», susurró Mida, compadecida por la extraña. La oscuridad pareció asentir en la oscuridad, dándole la razón. Mida oyó a la nueva llorar dé-



bilmente a lo lejos y tres pares de pies lamiendo el suelo en la dirección contraria, camino ahora de los dormitorios. A la huérfana ya le habrían dado el par de zapatillas negras y ahora ya no podían distinguirse sus pasos de los de las cuidadoras.

## Galia

Se distrae en la cocina. Sentada a la mesa Galia puede pasar horas mirando cómo la corpulenta Liszka pela patatas, maravillada por la rapidez con la que desprende la piel terrosa y las corta sin mirar en doce trozos del mismo tamaño, triángulos picudos que van cayendo en el interior del caldero de latón. Liszka le sonrío con sus ojos bañados en la luz blanca de sus pestañas rubias, unos ojos tan triangulares como las patatas que transforma en matemáticas por pura intuición. Sus ojos pequeños y estrechos le dan a Liszka el aire de una niña adormilada, a pesar de que nadie está tan despierto en la casa como la extranjera, la gigantesca Liszka. Nunca le habla a Galia, sonrío y pelaba patatas para la niña de la casa. Parece bastarle con que la recién llegada la mire y sonrío también.

Se oyen pasos en el patio. Las criadas vuelven del mercado diciendo que una de las huérfanas de Santa Vela se ha escapado. Desapareció tres noches atrás y nadie ha vuelto a verla. La buscan las hermanas en las granjas vecinas y han colgado carteles con un retrato suyo a la entrada del pueblo. Galia se estremece y entonces entra la señorita Mhyrtille y manda callar a las muchachas. Ellas enmudecen y comienzan a revolotear por la cocina como dos pájaros desorientados. Con un gesto de la institutriz le basta para saber a Galia que debe irse al cuarto de estudio.

La señorita Mhyrtille la hace trabajar duro toda la mañana. Tiene que recuperar todo el tiempo perdido en los años que pasó internada en el orfanato y convertirse en la pequeña dama que sus nuevos padres merecen. Galia es una alum-

na aplicada. Recibe clases de Geografía y se imagina viajando por las líneas azuladas que marcan las fronteras de aquellos mapas tan bien dibujados que la señorita Mhyrtille le muestra en los antiguos atlas de la biblioteca. Galia no acaba de creer que el mundo sea algo tan grande. Todavía le cuesta salir de su alcoba y recorrer la galería acristalada, interminable, entrar en el salón blanco solamente porque se le permite entrar. Sospecha que quizá los mapas sean solo sueños de alguien que espera que existan tantos ríos y cordilleras, tanto desierto pintado de color crema. Piensa, de todos modos, que le gustaría que los caminos fueran de verdad así de azules. Repite por el pasillo todas las palabras francesas que aprende, los movimientos de cabeza, los saludos, las miradas amables. Tiene prisa por saber todo lo que los demás creen que debe saber, por convertirse en aquella que tiene que ser para complacerlos. Cuando subió en el carruaje que la sacó del convento aprendió que al otro lado de la verja de Santa Vela había otra vida esperando y que apenas sabía nada de ella. No podía intuir que a partir de entonces podría elegir por la mañana el color de la ropa que iba a ponerse. Desconocía la existencia de un mueble maravilloso, llamado armario, que nunca acababa de inspeccionar. Uno de los primeros placeres que descubrió al llegar a la casa fue que podía asomarse cada mañana al interior del ropero de su dormitorio, como a una ventana que diera a un jardín privado, y por ello más hermoso, y olisquear la ropa nueva y perfumada que parecía surgir de allí durante la noche. Desde entonces siente el mismo miedo irracional al abrir los ojos. Un miedo desde entonces terrible a haberlo soñado, a haberlo perdido todo al despertar. Pero su temor es infundado: el armario lacado, con sus delicadas guirnaldas de lilas pintadas a mano y su llave de oro antiguo encajada en la cerradura sigue esperando junto a la puerta. Y ella salta de la cama para abrirlo y verlo lleno de vestidos y sombreros de paja y zapatos del charol ligeramente ajado que su madre encargó hacía mucho tiempo a la mejor costurera, al zapatero más refinado de la capital.

Galia no sabía de la existencia de tantos sabores, dulces y salados, ni que la primera cucharada del pastel de queso agrio y cerezas de Liszka la haría llorar de pura felicidad. Ignoraba la alegría secreta que sentiría al atravesar un pasillo lleno de retratos de desconocidos que la observaban con gesto grave y bondadoso, como si todos ellos supieran desde más allá de la muerte que ella iba a llegar un día y que avanzaría por el corredor de mármol bajo su atenta mirada de sabios benefactores. Los miraba a todos, los saludaba con los ojos como la había enseñado la señorita Mhyrtille, al dirigirse a la sala de estudio y a la vuelta. Se convirtieron para ella en los amables señores que siempre se cruzaba en su paseo diario. Procuraba, en cambio, pasar de largo, no fijar la vista en la huella ovalada que había dejado al final del pasillo el marco de un retrato algo más pequeño que había caído al suelo durante una tormenta, se excusaban las criadas, haciéndose añicos.

Al principio tampoco se atrevía a usar el cepillo de plata vieja que sus padres le regalaron al cumplir doce años. Permanecía allí donde su madre lo había colocado la mañana en que entró anunciando que aquel día era su santo, sobre el tocador de juguete, entre el frasquito de perfume de lilas, lilas de nuevo, y el peine de nácar. Era un objeto sorprendentemente bello, con el perfil de una ninfa tallado en el óvalo. La cabellera interminable de la ninfa se extendía por el mango del cepillo, formando suaves bucles inmóviles, pero el pelo de Galia era tan corto por entonces que no se atrevía a usarlo.

Galia sabe que debe olvidar pronto y se esfuerza. Olvida bien, porque tiene que aprender a tocar el piano brillante como un enorme gato negro. Recibe tres horas de lecciones de música, al acabar la breve siesta que no puede saltarse. Se esconde en la música, al principio torpe y temblona, que sale de sus manos. Se esconde también allí, como en cada rincón de la casa de sus padres, corre a ponerse a salvo en la alcoba en la que durmió de un tirón casi veinticuatro horas

seguidas el día de su llegada, disfruta de la seguridad del pasillo al que salen a recibirla todas aquellas estatuas amables, del cálido aliento que emana de su (¡su!) armario blanco lleno de vestidos perfumados. Todos esos lugares son el mejor refugio posible para curarse de Santa Vela. Sus padres están empeñados en darle cuerda al carillón de la sala, en retrasarlo el tiempo que sea necesario para que ella, en realidad, nunca haya estado en el orfanato. Su padre le sonrío con la familiaridad que solo da el haber pasado toda una vida al lado de alguien a quien se ha visto nacer. Hay un brillo de orgullo y amor esforzado en sus ojos que Galia no acierta a explicarse, del mismo modo que no puede razonar el cosquilleo feliz que la recorre de arriba abajo cuando lo ve mirándola así. Su madre ordena que el uniforme blanco de las doncellas permanezca siempre impoluto y vigila desde la escalera. Han sido adiestradas para sonreír todo el tiempo, les ha impuesto una alegría disciplinada con la que pretende vencer al luto, a la oscuridad de las cortinas de terciopelo negro que se retiraron a toda velocidad, el día en que Galia pisó la casa. Ella no puede saber que en la mansión todos recibieron la orden de ser felices a la fuerza, ni que su madre despiende inexorablemente a los miembros del servicio que no saben parecerlo, a todo aquel criado, a cada doncella que no se impone ese deber como un ejercicio diario de obligado cumplimiento. Ajena a todo, Galia se esconde a veces en la escalera para ver a las sirvientas ir de aquí para allá, como un desfile de hadas. Hay tanta luz, tanta blancura en el mundo, y ella no lo sabía.

Está tan ocupada aprendiendo cada detalle de su nueva vida que para cuando las doncellas traen la noticia de la fugitiva de Santa Vela ya le cuesta recordar con nitidez la que ha ido dejando atrás. Las enormes habitaciones heladas donde dormían las niñas, el vestido gris que olía a gris, las cabezas peladas, los rezos nocturnos que confundían con una pesa-

dilla, todos aquellos recuerdos parecen difuminarse como pequeñas cicatrices que son el fantasma de una herida, no la herida en sí misma.

Ese día, después de que las doncellas vuelvan agitadas del mercado y la señorita Mhyrtille se la lleve al estudio, Galia practica el futuro simple en clase de francés. Disfruta mucho inventando frases en el tiempo lleno de misterio que acaba de descubrir. El idioma untuoso y dulce de la señorita Mhyrtille es perfecto para imaginar planes, para contar todas las cosas que podrá hacer mañana, o pasado mañana, o la semana próxima. Galia se esfuerza en engolar la voz al pronunciar los ejemplos que su institutriz escribe en el encerado con la caligrafía esquinada que tanto le envidia. Pero al escuchar sus esforzados intentos la terrible Mhyrtille frunce la frente y la nariz se le arruga como si su pronunciación apestara. Le hace repetir las mismas palabras, hasta que acaban convertidas en un rumor de sonidos que han perdido todo su significado. Consigue robarle así el futuro en esa lengua recién aprendida. Cuando la mira por encima de las minúsculas lentes de oro, Galia encuentra en sus ojos una decepción que tiene mucho que ver con el pasado, con el tiempo que no ha de regresar y todo lo que se ha llevado con él para siempre. Y la misma intuición que le hace entender que la mirada amorosa de su padre es un tesoro inmerecido le susurra al oído que el desdén de su tutora tampoco le pertenece del todo. Galia siente que la señorita Mhyrtille, tan recta y envarada como las eles que traza al inicio de una página y que le obliga a repetir una y otra vez, inflexible, hasta que le duele la muñeca, es la dueña verdadera del secreto de la casa. Siente que su institutriz finge enseñarle el modo de ser otra, pero Galia se estremece si ella anda cerca, como si la vigilara a cada momento desde el otro lado de un ventanal, esperando sorprenderla si ella se atreve a robar siquiera una de las lilas del jardín ajeno.

Para compensar su torpeza, Galia se esfuerza todavía más en memorizar la lección que viene después. Aprende a

reconocer sin dudar siete especies diferentes de mariposa en clase de Ciencias Naturales: la doncella tímida, la pandora, la Inés medioluto, la niña de nácar, la hoja de olmo, la esfinge colibrí y la maravillosa *Hesperia comma*, su favorita, una joya con alas que brilla como oro puro al otro lado del cristal de la vitrina de los insectos. Está tan pendiente de complacer a la señorita Mhyrtille al menos una vez al día que no vuelve a pensar en la muchacha huida de Santa Vela. Horas más tarde, su madre sale del dormitorio tras darle el beso que marca el comienzo de la noche. Su frágil silueta encorvada, tan acostumbrada al luto, el terrible futuro simple que parece cerrarle la puerta desde las páginas amarillentas de un antipático libro de francés, las livianas mariposas que se han dejado atrapar, todo lo que ha vivido durante las horas previas vuelve a la nada cuando se queda sola del todo en la habitación. Y solo entonces, como a traición, le sobreviene el recuerdo de Mida. Galia se gira hacia la pared y cierra los ojos, empeñada en dormirse, en no dejar que Mida regrese a su memoria. Pero Mida no se va. La ve caminando en la fila hacia el refectorio, con la frente alta y el paso decidido que la hacía inconfundible. Nadie más levantaba la cabeza ni mostraba el aplomo de Mida, a la que nunca vio arrastrar los pies por culpa del cansancio ni encogerse de miedo al acercarse a las hermanas. Lleva el pelo rojo, heredado de su madre, la bruja, tan rapado como todas y el mismo traje gris. Tiene los dedos enrojecidos por los sabañones, igual que Galia y las otras niñas. Pero ella, a diferencia de las demás, no parece sentirse avergonzada de la fealdad que les imponen en el orfanato. Galia siente una punzada de culpa. Quiere olvidar que ha pensado en Mida, pero Mida le sonrío desde el recuerdo como entonces, en el gélido lavadero del convento, animándola en un susurro a hacerle caso, a guardar su nombre y no dejarse vencer por el horror y el miedo.

Tiene que ser ella la niña fugitiva. De todas las Invisibles, solo Mida puede desafiar la autoridad de la hermana Priscia, burlar a su legión de guardianas sin ser descubierta has-

ta mucho después. Pero Galia no se alegra por ella. Siente un miedo repentino, un terror miserable, parecido al frío que le hace saber de pronto lo fácil que es hacer que tiemble. Teme que Mida la busque, que vaya a su encuentro y le exija la parte que le corresponde de la felicidad que ahora disfruta. Galia niega con la cabeza, medio despierta, medio dormida. Mida camina con el cuenco humeante entre las manos sin dejar de mirarla. Galia recuerda el olor mugriento de la sopa que comían a todas horas, el miserable caldo de verduras que parecían crecer ya podridas en el huerto de las monjas. Quiere darle la espalda a Mida y vuelve a girarse, arrebujándose entre las suaves mantas. Tiembla, pero el sueño no viene a rescatarla. En algún momento llega a oír pasos afuera, las hojas secas del jardín crujen bajo los pies de alguien que se acerca. «No, por favor, Mida. No vengas.» Pero ella cruza el jardín sin hacer caso de las súplicas, y se agacha ya en busca de pequeñas piedras con las que golpear el cristal de la ventana, para que Galia la abra y la deje entrar.

«No, por favor, Mida, soy feliz aquí. Vete, te lo ruego.»

Y Mida, lo sabe, está sonriendo allá abajo, y aguarda pacientemente con sus ojos extraños clavados en el ventanal del dormitorio, como si ella siempre hubiera sabido que su destino era ocupar esa alcoba del segundo piso, la mejor estancia de todas.

«Estoy aquí, sal.»

Pero Galia no obedece. Tiembla al imaginarla, mirando burlona el ventanal, silabeando aquellas palabras, una y otra vez.

«Sé que estás ahí, en la habitación lila de Galia. Eres una intrusa en la habitación lila de Galia.»

De Galia.

Se cubre la cara con el almohadón relleno de plumas que su madre manda perfumar cada mañana a las doncellas. Deja pasar el tiempo, cuenta en francés del uno al cien varias veces, casi sollozando. Teme que Mida consiga llegar de alguna forma hasta su habitación. Ella nunca se rendía. Las



madres negras no consiguieron someterla como a todas las demás. Mida fue la primera que se le acercó, el día de su llegada. La buscó junto a la pila de mármol donde la gobernanta le había ordenado poner en remojo las prendas de un canasto de mimbre. Soltó la cesta que cargaba antes de arro- dillarse junto a ella. Tiró de la pernera de un par de enaguas que comenzó a frotar con desgana. Unos segundos después le preguntó su nombre, sin mirarla, para no levantar sospe- chas en la hermana vigilante.

Galia tardó en responder. Tenía tanto miedo que pensa- ba que había perdido la voz.

«Prudencia», susurró al fin. Mida chasqueó la lengua.

«No, tu nombre de verdad, el que tenías antes de entrar aquí.»

«No me permiten decirlo, lo siento», murmuró, mirando a ambos lados, por si la guardiana andaba cerca.

Mida silbó bajito, burlona. Galia la miró, confundida. Estaba muy flaca y llevaba el pelo cortado a trasquilones, como todas ellas, pero algo la hacía distinta. Tenía la mirada más extraña del mundo. Su ojo izquierdo, el de color negro, se lo habían cerrado a golpes y un terrible moretón en forma de arco rodeaba el párpado derecho, el del ojo azul cielo, que parecía sonreír cuando te miraba. Era imposible negarle a aquel ojo azul la respuesta y ella escuchó cómo su voz obe- decía, a pesar del terror.

«Galia. Me llamaba Galia.»

Mida movió la cabeza, asintiendo como si esa fuera la respuesta exacta a una pregunta que nadie había hecho.

«No dejes que ellas te quiten ese nombre. No te llamas como te dijeron. Tienes un nombre, es tuyo, ¿me oyes? Guárdalo bien. Yo me llamo Mida.»

Eso le dijo, junto a la pila de mármol en la que debían lavar con agua helada toda la ropa que traían las hermanas. Después escupió ruidosamente sobre las enaguas que restre- gaba con furia. Se volvió hacia ella y le guiñó casi impercep- tiblemente el ojo aplastado.

El pequeño arco que la empuñadura del bastón de la hermana Priscia trazó bajo su ojo celeste nunca desapareció del todo.

«Galia», musitó ella una vez más, antes de doblar su nombre en pliegues muy pequeños, que podía sentir allí, en el fondo de la garganta.

La primera vez lo dijo en voz muy baja. El elegante caballero la miró sorprendido, tal vez pensando que la niña tenía algún problema en las cuerdas vocales. Pero su esposa, aquella dama tan bella y triste, parpadeó como si la sola palabra la hubiera deslumbrado. Galia no supo nunca cómo se atrevió a desobedecer, porque no pronunció simplemente el nombre de la virtud que le asignaron a su llegada, como a todas las demás. Fue algo superior a ella, como si por fin una cuerda que alguien pulsó en su interior encontrara la forma de sonar. Las madres negras habían aleccionado bien a las niñas candidatas, las semanas previas a la visita de aquellos señores tan importantes que estaban interesados en adoptar a una huérfana que hubiera cumplido los doce años. Una niña casi anciana, eso no ocurría nunca en Santa Vela. Debía hacer como las otras, contestar que no merecía tener un nombre propio y respondía al de Prudencia, la cualidad que debía esforzarse en adquirir durante el resto de su vida. Pero por una vez el instinto le impidió bajar los ojos como la hermana Priscia les había ordenado a todas las elegidas, cuando el distinguido recién llegado descendió del carruaje negro y ayudó a apearse a la dama que lo acompañaba. La mujer intentaba esbozar una sonrisa temblorosa que parecía dolerle. Saludó a todas las niñas que esperaban, colocadas en fila junto a la verja de la entrada. Las miraba, acariciándolas con sus ojos resecos y les preguntaba sus nombres. Las niñas, maravilladas por el perfume que exhalaba el cuerpo y la ropa de esa mujer, recitaban la palabra extraña que les habían entregado las hermanas al llegar al orfanato, como si

fuera un precio. Galia no. No sabría decir por qué, simplemente desobedeció. Cuando la dama se detuvo frente a ella, con su elegante sombrero de raso negro y aquel aroma a jardín lejano, contestó con un hilo de voz. La señora se llevó la mano al pecho. Ella tragó saliva y repitió su nombre, que había guardado dentro, que había puesto a salvo, tal y como Mida le dijo.

«Galia, me llamo Galia.»

Y después todo sucedió muy rápido.

La hermana que vigilaba a sus espaldas dejó caer una mano de garfio sobre su hombro y apretó. Pero ya era tarde.

El caballero se quitó el sombrero negro. La dama comenzó a sollozar.

Fue la elegida. Su madre le tendió la mano enguantada y Galia ya no quiso soltarla durante todo el camino. Su padre ordenó al cochero que pusiera rumbo a casa y el hombre hizo restallar el látigo sobre el lustroso lomo de los caballos. Escaparon a toda velocidad, como si huyeran de la peste.

Sentada entre los dos, ella se convenció de que la estancia en Santa Vela había sido una larga pesadilla de la que había conseguido alejarse para siempre gracias a una sola palabra, que su nueva madre repetía sin cesar.

«Galia, Galia.»

Después de esa noche Mida no vuelve a aparecer en su nueva casa y Galia piensa que también la ha soñado allá abajo, inmóvil en medio de la noche, al pie de su ventana. La noticia de la niña desaparecida en Santa Vela no interesa a casi nadie y va difuminándose poco a poco. Galia olvida. El tiempo está extraño esos días. Un cielo de tormenta interminable se cierne sobre la casa y sopla a todas horas un viento duro que hiere los ojos con vendavales de arenisca. Su madre mira angustiada el cielo raro que agita con saña las co-

pas de los árboles y le prohíbe salir al jardín. A Galia no le importa. Ella puede pasar el resto de su vida encerrada en la mansión. Los infinitos vestidos de su armario le dan la bienvenida cada mañana y ella se esfuerza en aprender el futuro simple. Repite obediente largas retahílas de oraciones que le muestran el modo más simple de escapar del pasado, de los ojos golpeados de Mida y del infierno del lavadero, aquel castigo eterno de ropa sucia en el que no quiere pensar. La señorita Mhyrtille, desde detrás de su elevado atril asiente a veces, satisfecha. *J'irai, je serai, j'oubilerai*. Y lentamente los mechones de cabello castaño brillante se atreven a crecer de nuevo. Galia sospecha que su pelo brota de noche, mientras ella duerme. Lo siente crujir en sueños, desperezarse poco a poco, y cada mañana se descubre un ricitito nuevo en la nuca, que pronto se atreverá a alisar con el antiguo cepillo de plata, digno de una ninfa.

Algunas noches, cuando su madre entra en su habitación a darle las buenas noches, Galia le pide que rocíe la almohada con su perfume preferido, el de las lilas frescas del jardín. Otras le suplica que le cuente cosas de cuando era pequeña, que repita, por enésima vez, el relato de la noche de su nacimiento, una noche de tormenta que a punto estuvo de costarles la vida a las dos. Su madre sonrío, como si ambas hubieran despertado al fin de una pesadilla y evoca en voz alta cada latigazo de dolor en el vientre, el eco de su angustia que era cada trueno. Y Galia cierra los ojos y de pronto es capaz de recordarlo todo.

## Santa Vela

En el patio se formaban a veces enjambres de niñas. Entonces la casa salía de su largo sueño y podía oír las cuchichear en voz muy baja.

Se la llevó un jinete en su caballo, decía Esperanza, aquella chiquilla espigada que parecía saber exactamente lo que había ocurrido con la fugitiva.

Las más ingenuas pedían detalles. No les interesaba tanto saber dónde estaba ahora la hija de la bruja como conocer los pormenores de su marcha. «¿Era guapo, el jinete? ¿La ayudó a subir a su caballo, como dicen que pasa en algunos cuentos?»

Las fieles a su recuerdo le preguntaban a Esperanza si ella miró atrás en algún momento, si le dijo algo antes de salir de Santa Vela. Si Mida no le había confiado por casualidad algunas palabras que pudieran consolarlas y darles ánimo en su ausencia. Incrédulas aún, formaban un círculo a su alrededor, volvían a exigirle que reconstruyera su partida, que señalara por cuál de las puertas del orfanato, que siempre permanecían cerradas a cal y canto, lograron salir Mida y su caballero.

«¿Cómo es que no intentaste convencerla para que no nos dejara?»

La casa somnolienta veía cómo las niñas se dispersaban de pronto, se alejaban sin hablar entre ellas si una de las hermanas vigilantes andaba cerca. Se callaban, pero en silencio continuaban mirándose las unas a las otras, seguían pensando en la compañera que se fue de un día para otro, sin avisar. La muchacha que aseguraba haberla visto mar-

char en el caballo negro con aquel joven encapuchado parecía por ello investida de una rara majestad. Era la única que vio aquello que las otras se conformaban con imaginar y la envidiaban. Se la distinguía de lejos. Era la más alta y el vestido de saco gris le quedaba distinto, como si no se sintiera incómoda dentro de él. La casa la observaba, curiosa. Aquella jovencita sonreía a menudo porque sabía que era la dueña de un tesoro y eso hacía que nunca caminara a solas por el jardín. Nada más aparecía en el patio la rodeaba un séquito fiel. Sus súbditas insignificantes volvían para que les contara más de la llegada del jinete, del color exacto del caballo, de la forma en que Mida trepó al lomo del animal y se abrazó a la cintura de su rescatador. Ella se hacía de rogar un rato, «Os conté todo lo que sabía, dejadme, que las hermanas se enfadarán», pero aquellos remilgos eran también parte de la farsa. Enseguida se erguía, levantaba los brazos con las palmas extendidas, como rindiéndose generosa a su auditorio, «Está bien, solo una vez más, pero no gritéis o venderán», aclaraba la voz, fijaba la mirada en el mismo punto de todas las veces, el lugar por donde se había oído llegar al caballo, a pleno galope y...

Pero la casa era tan vieja que ya nadie podía engañarla, aunque esta vez le hubiera gustado que sucediera. Era tan bonito ese embuste, lo contaba con tanta gracia. Hubiera querido que el parloteo alocado de la muchacha la convenciera tan fácilmente como a las pobres niñas que la buscaban a cada rato, que lograban creer gracias a esa historia que era posible escapar de Santa Vela. La casa estaba allí desde siempre, con su larga memoria de piedra. Solo ella era capaz de advertir y recordar luego los detalles nuevos que cambiaban en el cuento cada vez que la única testigo de la fuga de Mida volvía a narrarla. Las pobres chiquillas asistían deslumbradas al embeleco, todas menos una, de eso también se daba cuenta la casa, una niña coja, la que había sido la mejor amiga de la fugitiva, que escuchaba de lejos, sin creer una palabra, mientras las demás se dejaban hechi-

zar por los gestos teatrales de la impostora, saboreando de principio a fin la hermosa mentira. La casa atendía, fascinada, a cada representación. Sabía que nada de aquello era verdad, aunque ella tampoco podía decir qué había sucedido en realidad.

«Tal vez yo sabría algo más que ellas si no llegara tan cansada a la noche, se decía, si no fuera una casa interminable, si no estuviera tan agotada de vigilar cada habitación cerrada con siete llaves, cada pasillo que no conduce a ninguna parte, cada tramo de escalera que desemboca en una puerta tapiada. No es fácil estar en todas partes al mismo tiempo cuando te duele cada vidrio roto del ala norte tras una tormenta. Soy un enorme cuerpo viejo y cansado. Un cuerpo absurdo, lleno de miembros trasplantados por la locura de una mujer que huyó también, no hacia afuera, como la muchacha de la que hablan las huérfanas, sino hacia adentro, hacia mi interior, atravesando la mansión en la que esperaba ser feliz con su esposo y su bebé. Arrastro alcobas donde nunca durmió nadie y salones desnudos, igual que un anciano carga tumores y huesos podridos. No vi huir a la niña. Suelo adormecerme de puro agotamiento. Cuando se apagan las luces y todo queda en silencio apenas descanso, me dejo llevar por el rumor de las respiraciones, por el hilo de los pensamientos de quienes tampoco pueden cerrar los ojos o por las ensoñaciones de las inocentes que sí consiguen dormir. No oí los cascos del caballo acercándose, ni los pies descalzos de la chica recorriendo el sendero. Al fin y al cabo, soy una vieja casa de doscientos años, tengo doce desvanes, cuarenta y siete chimeneas y casi mil ventanas. Solo un espejo, que cuelga en la habitación de la hermana Priscia vuelto hacia la pared, como un ojo ciego. Soy, lo sé bien, una mansión maldita, la casa de la historia más triste de todas.»

La casa suspiró estruendosamente. A pesar de las telarañas de tiempo que a veces enredaban sus recuerdos, todavía

era capaz de verla, de evocar sin esfuerzo la figura diminuta de la desdichada Larah, volando escalera arriba, recorriendo los innumerables pasillos siempre a punto de perder el aliento, siempre mirando hacia atrás, temiendo que sus perseguidores la hubieran alcanzado, al fin. Larah Corven, que había sido la belleza oficial de una lejana ciudad antes de que todo ocurriera, pero cuando llegó a la casa ya era una joven viuda y la mujer que ni siquiera podía refugiarse en el consuelo de llamarse de alguna forma, de cifrar su dolor en una palabra, como les ocurre a todas las madres que pierden un hijo.

Pobre Larah, se dolía la casa, al recordarla. Llevaba tantos días huyendo que se desmayó de pura fatiga ante mi puerta. Había viajado sin detenerse a descansar una sola vez desde un pequeño cementerio situado en la orilla opuesta del país donde había dejado flores frescas sobre la tumba de su esposo y había enterrado en el mismo panteón la caja blanca que contenía el cuerpo diminuto de un feto y un papel escrito de su puño y letra, con el nombre que hubiera recibido la niña si hubiera llegado a nacer. Se dejó caer junto a la escalera de entrada y cuando volvió en sí algunos criados la ayudaron a entrar aún aturdida en la enorme casa vacía, una de las propiedades que Larah Corven había heredado al enviudar. Venía dispuesta a vivir para siempre en la mansión, una villa grande pero en modo alguno monstruosa. Los sirvientes quedaron fascinados desde el principio por la belleza y la locura de su ama. Larah Corven no peinaba su cabellera desquiciada y lo miraba todo con los ojos febriles del asediado por sus propias pesadillas. Apenas probaba bocado e insistía en dormir cada noche en una habitación distinta, para esconderse de los espíritus de los soldados muertos en las dos penúltimas guerras, que, según ella misma contaba, habían lanzado un maleficio sobre toda su familia. Su amado esposo, el único hijo de un afamado fabricante de armas, había conseguido inventar el mecanismo automático que convertía un rifle original en el artefacto más mortífero crea-



do por el hombre hasta entonces. Las ventas de los rifles Corven se multiplicaron por diez y la familia se había enriquecido en muy poco tiempo. Aquella fortuna lo había convertido en una de las primeras víctimas de la maldición, aseguraba la bella Larah, clavando en quien quisiera escucharla sus ojos de loca.

Larah había conocido al joven Corven en su puesta de largo. El ambicioso heredero supo, en cuanto la vio aparecer en el salón de baile, vestida con su hermoso traje blanco de debutante, que esa muchacha de cuya belleza tanto había oído hablar era la mujer con la que quería casarse. Resultaba casi imposible no prendarse de los oscuros rizos de Larah, de su risa de cascabel y la mirada azul hielo que tantos muchachos del lugar mandaron pintar en pequeños retratos que guardaron cerca del pecho, en el interior de su leontina o de un medallón, antes de marchar al frente. Pero solo uno, el apuesto e ingenioso Der Corven se propuso convertirla en su esposa. Era tan rico que podía permitirse echar a volar la imaginación, convertir en realidad cada uno de los sueños de Larah.

Larah vivió los meses previos a la boda sumida en un estado de felicidad febril. Su prometido le regaló un caballo blanco enano a la mañana siguiente del baile. Hizo traer del centro del país el primer gramófono, tan bello y monstruoso como una caracola marina gigante. Mandó construir una inmensa casa de piedra en medio del campo, una mansión con capilla de juguete, y cuadra y un enorme parque custodiado por una pareja de estatuas que se les parecían.

Después de la boda, Larah comprobó que era posible enamorarse a diario de aquel príncipe de las armas. Le fascinaba su ternura arrogante, esa manera que tenía de colmarla de lujos a cada paso, de arrodillarse ante ella sin perder un ápice de su fuerza. Der Corven, con su rizado cabello castaño y sus imponentes dos metros de estatura era el sueño de

cualquier joven casadera y ella era el sueño de Der Corven. Todo parecía tan sencillo que a Larah le daba por reír si pensaba en su suerte.

Pero un mal día las cosas empezaron a torcerse como los dedos de un viejo. Primero enfermó de una extraña gripe la madre de Larah, de quien había heredado sus ojos de aguamarina. Del primer estornudo en la hora del té a la agonía dolorosa que la hacía escupir sangre cada vez que tosía, apenas transcurrió una semana. Luego vino la caída del caballo del padre de Der, que se rompió el cuello contra una piedra del camino. La boyante fábrica pasó entonces a manos del heredero, que asumió su papel con entereza. Pero la muerte se acostumbró a rondarlos y poco a poco fue apoderándose de cada uno de los miembros de sus familias. Camino del pequeño camposanto desfilaron los cortejos fúnebres de tías abuelas y primas adolescentes. Las desgracias se encadenaban y no pasaba un mes sin que hubiera de encargarse una corona de rosas negras para honrar a un querido difunto. Larah no entendía aquel anochecer repentino que los había envuelto a todos ni cómo el pesado vestido de luto se había convertido en la única prenda que encontraba cada mañana colgada de una percha ante el espejo, atroz y paciente como el médico que solo llega para certificar una defunción.

Pero lo peor estaba todavía por venir. Una mañana de octubre, el prototipo de un nuevo modelo de rifle, todavía más letal que los anteriores, se le disparó a un empleado de la fábrica mientras lo probaba en presencia de Der. La bala rebotó en la pared y entró por el ojo derecho del joven amo. Le deshizo la mitad del rostro, pero cuando Larah llegó a su lado, todavía sacó fuerzas para sonreírle con la orilla de la cara que había quedado intacta, como una vieja máscara rota. Der intentó hablarle, abrió los labios y Larah vio cómo la llegada de la muerte le hacía parpadear con algo parecido al miedo por primera vez desde que lo conocía. El ojo izquierdo reflejaba la perplejidad de quien nunca se había

imaginado que la vida iba a durar tan poco, de que algunas despedidas sean tan breves, tan torpes. Fue el rígido vestido negro quien la hizo caminar delante del imponente ataúd de caoba fabricado a medida, ese traje de luto quien la amordazó y la obligó a mecerse al compás de un duro frufrú de enaguas y sollozos, acariciándose el vientre a cada paso, en busca de algún consuelo. Ni siquiera había tenido tiempo de darle a su marido la buena noticia. Tampoco ella pudo aferrarse a la nueva ilusión para mantener la cordura. Esta vez no hubo dramas, ni grandes tragedias dignas de ser consignadas en un folletín. Una noche Larah soñó que se levantaba de la cama vestida de fiesta y bajaba de puntillas la escalinata de su casa ahora tan solitaria, para que la muerte no la oyera salir. No se atrevía a mirar hacia atrás y recogiendo las faldas bajaba casi corriendo por el camino que conducía al lago, hasta llegar a la orilla, ya sin aliento. Se removió inquieta entre las sábanas cuando se vio frente al agua helada. No lo hagas, quiso rogarle a la Larah del sueño. Pero el agua era una puerta abierta y ella quería cruzarla. Gritó o intentó gritar, pero no la oía. De espaldas a quien la estaba soñando, ataviada con un precioso traje estampado con ramilletes de nuncateolvido azules, peinada con un moño alto que dejaba su esbelto cuello a la vista, Larah fue introduciéndose despacio en el lago oscuro. Y la garganta quebrada de la otra Larah aulló entonces, y su voz retumbó en la noche del sueño, haciendo que la superficie de estaño temblara un instante, sorprendida.

Larah despertó en la quietud de su dormitorio, y lo primero que pensó fue que ella no tenía un vestido como aquel, ni ningún motivo para escapar de noche y hundirse en el lago. Se llevó la mano a la frente y suspiró aliviada al sentir en la mejilla el roce suave de la manga de encaje de su camión, una prenda del ajuar de novia que había tejido su madre. Y entonces pensó en el lago, allá abajo, y fue creciendo en su interior la terrible sospecha de que había algo de verdad en el sueño, igual que siempre hay algo de mentira en un re-

cuerdo. La mano temblorosa palpó las faldas del camisón, adivinando las piernas demasiado frías, la tela empapada y un dolor ardiente y húmedo que llegaba de la nada al centro mismo de su cuerpo.

Todo esto contaban en voz baja los sirvientes de Larah, que abandonó aquella casa para huir de la habitación donde había muerto la hija que no llegó a nacerle. Desde entonces solo la locura hizo que Larah no se olvidara de respirar. No recogió nunca más su pelo en un moño alto, porque quería alejar de sí el recuerdo del sueño del lago y no volver a hundirse en él como aquella noche. Empezó enseguida el viaje hacia una de las muchas mansiones en las que no había tenido tiempo de vivir con Der Corven. Larah deseaba llegar cuanto antes a aquella casa vacía, pero tras varias horas a galope tendido el cochero detuvo el carruaje y le habló. «Estamos cerca de una pequeña ciudad de la costa, señora. Si los caballos no beben ya un poco de agua, si no les cambiamos ahora las herraduras, no llegarán vivos a nuestro destino, porque se mueren de cansancio y de sed.» A regañadientes Larah aceptó darles una tregua a las monturas. En cuanto encontraron una herrería el cochero desenganchó a las bestias y Larah saltó del coche incapaz de quedarse quieta un instante. Miró a su alrededor y vio que en la esquina del callejón junto al que abrevaban los caballos había una pequeña taberna. Sintió entonces que alguien la llamaba desde allá adentro, prometiéndole en susurros algo de consuelo para su torturado corazón. Sin pensarlo entró en aquel lugar que olía a algas y madera carcomida por el agua salada. No escuchó la voz airada del tabernero que la llamaba a gritos, ni reparó en los ojos acuosos de los marineros que la vieron avanzar en dirección a la trastienda, sin detenerse tampoco al llegar al estrecho pasillo que conducía a un diminuto gabinete. Allí había una mujer mulata que la miraba sentada en la penumbra, en el centro de un cuartucho, inmóvil como una estatua y con el gesto contrariado del que lleva tiempo

aguardando a alguien que no se decide a llegar. Larah pensó en un pájaro exótico al mirar de cerca la brillante túnica que envolvía su cuerpo delgado y el complicado turbante de raso azafrán que le cubría el pelo. La desconocida la recibió con un silencio teatral y clavó en ella sus severos ojos negros. Le indicó que tomara asiento con un gesto majestuoso más parecido a una orden que a una invitación. Tendió sus manos afiladas como garras de ave y apretó entre ellas las de Larah. Cerró los ojos al tiempo que empezaba a susurrar una tonada monocorde, una letanía hipnótica con la que parecía estar acunándose a sí misma, mientras mecía el cuerpo de atrás hacia delante. De pronto alzó el rostro picudo y miró con desconfianza algo que Larah no acertaba a distinguir en la oscuridad del gabinete. Atravesó el aire vacío con sus iracundas pupilas e increpó en una lengua remota a los muertos que tardaban en contestar a su llamada.

Larah tembló y supo que habían llegado cuando la mulata Lobelia volvió a cerrar los ojos y esbozó una sonrisa de agradecimiento que la hizo parecer alguien mucho más joven, casi una niña pequeña que hubiera encontrado por fin la puerta de entrada al lugar más agradable de este mundo.

«Ya han venido. Ya quieren hablarte», murmuró, poniéndose en pie, con la elegancia de una princesa africana. Lobelia inclinó el esqueleto leve extendiendo los brazos interminables en una graciosa reverencia de bienvenida, como si de verdad una comitiva de espíritus se dispusiera a entrar en el cuarto mal iluminado y ella fuera a retirarse discretamente. Pero entonces levantó la voz y alguien que no estaba ni vivo ni muerto, alguien desesperado y herido para siempre gritó.

«Vete.»

Y Larah vio claramente su rostro curtido y sudoroso, incendiado por la certeza del final como por un resplandor aciago. La misma sorpresa dolorida de Der cuando su ojo sano miró algo por última vez. Lobelia se plegó sobre sí mis-

ma y cuando levantó la mirada otro soldado muerto habló por su boca, con un ligero acento del sur.

«Vete lejos.» Llegaron más. «Iremos tras de ti.»

La miraban desde otro mundo y amenazaban con volver.

«Te encontraremos allá donde vayas.»

«Vete con tu maldición y reza mucho. Reza por nosotros.»

Eso dijeron los criados que la joven viuda Corven llegó contando. Eso cuchicheaban los que la acompañaron hasta aquí, antes de que yo fuera Santa Vela, cuando todavía los viajeros sonreían y se detenían un momento a admirar los tejadillos triangulares, rojos como sombreros infantiles, de las dos torres laterales. Cuando aún había quien quería contemplar mi grandeza sencilla, el aire de novia que espera a su amor ante el altar de mi fachada de piedra joven. Las doncellas se apiadaban de la desgracia de su señora y se enamoraban del muerto al que ella había entregado su cordura. El ama de llaves cumplió sus órdenes y mandó llamar al capataz, que apareció enseguida dispuesto a trazar la línea que separaba el mundo real del reino alucinado de Larah. Vino acompañado de una nutrida cuadrilla de trabajadores y todos se pusieron a trabajar de inmediato en la edificación de un refugio imposible, que le permitiera a la joven viuda huir de los fantasmas que Lobelia le había mostrado.

Larah pidió un pasillo que conectara el edificio principal con otro, en el que construirían tantas habitaciones como pudieran, todas las escaleras que fueran capaces de imaginar.

Ellos trajeron los martillos, y los martillos hablaron.

Quería también desvanes, desvanes con claraboyas y sótanos ciegos. Taptaptap.

Los hombres obedecieron, como una legión de insectos laboriosos golpearon los muros. La casa que fui gritaba y nadie la oía. Lloraba por su hermosura de paraíso perdido pero era en vano. Ellos se afanaban en tejer una tela de ara-

ña eterna. En esculpir, desde el amanecer, monstruosas tartas de tejados.

Y chimeneas en las que cupiera su pequeño cuerpo tembloroso si debía ocultarse de ellos en plena noche.

Y varias cocinas, en cada una de las naves paralelas a las que podría accederse desde la original. Despensas, dormitorios y salas. Tumores, patas de palo, ojos de vidrio. Lavaderos, más dormitorios y peldaños burlones y puertas tapiadas. Había que engañarlos a todos, y eran tantos.

Doscientas ventanas. Un pasadizo secreto que condujera a la bodega. Y un solo espejo, que alguien colocó vuelto del revés para siempre, en la celda futura de la hermana Priscia.